

**HOY MIÉRCOLES 5 DE
SEPTIEMBRE DE 1990**

PLAZA PÚBLICA

Miguel Ángel Granados Chapa

Después de la asamblea El discurso presidencial

A falta de uno, ahora hay dos PRIs. La asamblea de ese partido aprobó dos declaraciones de principios, propias de dos partidos distintos. También se hablaron en ella dos lenguajes diversos. Uno tolerante, pluralista, en labios de Colosio. El otro excluyente, rijoso. Por desgracia, el segundo tono corresponde al presidente de la República, quien contravino en el

discurso de clausura su propia convicción de "gobernar sin distinción ni preferencias políticas", y de ser "políticamente imparcial", para aparecer como contendiente en una batalla que propone fragorosa.

A dos ámbitos se refirieron las palabras presidenciales. En el externo a su partido, el Ejecutivo cree que quienes critican al PRI y al gobierno en el extranjero dañan al país, y los vuelve aliados de quienes "pretenden conculcar la soberanía nacional". Es una añeja posición, extraña en un adalid de la modernidad, la de quien denuncia una conspiración antimexicana, sin pormenorizar. Hay excesos en la retórica que un Presidente de la República no puede permitirse. En celebraciones patrióticas aldeanas, pase que se hable de los enemigos de México como una metáfora destinada a conmover a auditores fatigados por la repetición de ritornelos. Pero en el Jefe del Estado no cabe incurrir en imprecisiones. Si está en

curso un conjura contra la soberanía nacional, su deber es informar sobre ella y convocarnos a repelerla. Estoy seguro de que casi todos los ciudadanos estaríamos dispuestos a seguirlo en una cerrada defensa de ese valor. Pero si trata de utilizarlo como espantajo, para demeritar a quienes no piensan como él, se sitúa en la arena política como un combatiente más, con riesgo de la investidura que ostenta y en sentido contrario a sus propias creencias.

Aunque se atacara al gobierno y al PRI (dejemos de lado la inescindibilidad entre ambas entidades, en que parece creer el Presidente) con adjetivos y no con argumentos, eso no daña al país. Al contrario, en tiempos en que sobran los paladines de las libertades, será bien visto en el exterior que las nuestras tengan tan acusada vigencia que nadie sienta necesidad de inhibirse para expresar su opinión acerca del gobierno y su partido. Dañino sería lo contrario: que en el extranjero se suponga que somos, como cree Vargas

Llosa, una dictadura (perfecta o no), una de cuyas características sea la intolerancia.

El Presidente combatió también a compañeros suyos a los que el senador Luis Donald Colosio había pedido respetar. Salinas cree que es bueno el respeto, pero no tan ancho. No tiene porqué incluir a los miembros, o quizá sólo a los dirigentes, de la Corriente Crítica. En la incomodidad personal del Presidente contra la decisión de esa tendencia de ausentarse de la asamblea se advierte el valor político que cobró tal resolución.

Establecer como límite de la crítica interna el riesgo de la división es una actitud sana, vitalista, de quienes juzgan inaceptable poner en riesgo la unidad o la sobrevivencia de un organismo político. Pero en labios del Presidente de la República la advertencia es un freno a la existencia de corrientes dentro de su partido. Es un paso hacia atrás, hacia el partido arcaico, no uno adelante hacia el partido moderno.

Creó también el Presidente sus propios

emisarios del pasado", a quienes formuló reproches graves. Se refirió a críticos de ahora que, ayer, contribuyeron "a sus mayores vicios (del PRI) durante su gestión en puestos de dirección". Y añadió que "ellos estuvieron a punto de acabar con el PRI". Pero de eso nadie pareció darse cuenta en su oportunidad. Nadie de los grandes personajes presentes en la clausura donde hablaba el Presidente, salvo quizá Colosio mismo, ha dejado de tener puestos de dirección en el PRI en los últimos veinte años. Claro que no se refería a ellos sino, supongo, al senador Porfirio Muñoz Ledo, que fue un aplaudido líder del PRI. ¿O alguien recuerda que en la octava asamblea, presidida por él hace apenas tres lustros, alguien lo increpara por los vicios que estaba causando o por estar acabando con su partido?

Sea, como él mismo lo propone, el Presidente un gobernante sin pasiones políticas. Un Jefe de Estado con su poder no debe señalar a la presa ni dar la orden de fuego.